

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 7 DE MARZO DE 1901

NÚM. 537



—¿Que si estoy muy satisfecha?
Ya lo veis: yo no lo niego.

Yo os abraso con mi fuego,
porque al fuego ya estoy hecha.



—Ve con cuidado, Consuelo, —Le pondré bien el anzuelo
que ése es un pez muy corrido. y picará. Ya es sabido.

He oído decir, que *el hombre no es más que un animal de costumbre*, y casi casi, por más que el calificativo no sea muy halagüeño que digamos, me parece que es verdad.

Por supuesto que también las costumbres suelen tener sus inconvenientes.

Y prueba de ello que, Antoñito Rodríguez, un gomoso algo atrevidillo, cuando tiende la mano á una mujer que le agrada, procura retener entre la suya la de su interlocutora y la estrecha y la acaricia hasta que la dama se cansa de tanto sobeteo y la retira enojada.

Entonces Antoñito se queda muy sofocado, diciendo:

—Dispense usted, señorita; pero es tal la costumbre que tengo...

Y la dichosa costumbre vuelve á repetirse con otra, hasta que encuentra una, como mi amiga Amparito Cortinas, que, retirando bruscamente de las manos de Antonio la mano derecha, le arrió con la izquierda un bofetón que, á pesar de ser izquierdo, le supo al mozo como si fuera completamente derecho.

—Dispense usted, Amparito,—exclamó con la muletilla de siempre;—pero la costumbre...

—Cada uno tenemos la nuestra,—le interrumpió mi amiga, sonriendo,—y mutuamente nos hemos de dispensar.

Pero Antoñito no se enmendó por esto. ¡Era tal ya la fuerza de la costumbre!...

—¿Por qué fuma usted tanto, don Agapito?—le decía yo el otro día á un amigo que me hablaba del mal tabaco que nos da la Arrendataria del ídem, en plural.

LA COSTUMBRE

CUIDADO que es fastidiosa la tal costumbre!

Y no solamente fastidiosa, sino acomodaticia.

Y, en resumen, en la mayoría de los casos, por no decir en todos, la costumbre no es sino el pretexto para disculpar vicios, debilidades, ridiculeces, extravagancias y atrevimientos. Comodín, de que la Humanidad, suponemos, está haciendo uso constante, desde que Adán dió en la costumbre de dar bocaditos en la manzana, porque no puede creerse que un solo bocado fuera bastante para que la curiosa Eva echara al mundo los tres hijos de que nos hablan las tradiciones bíblicas.

La costumbre es la muletilla obligada en todas las clases, en todas las esferas, en todos los círculos; con lo cual quiere decirse que hay costumbres buenas y malas, ridículas y censurables, plebeyas y aristocráticas, tontas y cómicas, y á todo se aplican, y lo invaden todo, desde la política á la literatura, desde la vida pública á la privada, y desde la iglesia hasta el teatro.

—¡Qué quiere usted!—me contestó.—La costumbre...

Esa es la frase sacramental para disculpar todos los actos ó la mayoría, de la vida.

Por costumbre se levanta la niña el vestido, aun cuando no haya polvo ni barro, para lucir el pulido pie y el arranque de la pantorrilla; por costumbre se emborrachan ciertos jóvenes que quieren echárselas de calaveras; por costumbre vuelven la cara algunas mujeres, para ver si las sigue el hombre que las estuvo mirando en la iglesia, ó en la tienda, donde habían ido á comprar cualquier objeto.

Pepe, por la maldita costumbre, va á jugar, y, al regresar á su casa, le arrima una paliza á su mujer, y ésta, á su vez, acostumbrada á los golpes, sigue haciendo de las suyas mientras su marido hace de las otras.

No hay nada más ridículo que esas costumbres, que, como he dicho antes, no son más que una especie de velo con el que se ocultan debilidades y mezquindades de una humanidad tan decadente como la nuestra.

—Pero, hombre de Dios,—le dije ayer á un compañero de colegio recién casado,—¿por qué vas apoyado en el brazo de tu mujer? ¿Dónde se ha visto mayor contrasentido que la fuerza vaya apoyándose en la debilidad?

—¡Si es la costumbre, querido!—me contestó.—Yo la sigo como otros muchos.

Y no hay más remedio que callar, deplorar tanta ridiculez y seguir admitiendo la costumbre de ir á hacer un viaje de recreo en el verano, aun cuando tenga uno que empeñarse para todo el invierno; de comer turrónes y mazapán en Nochebuena, cordero por Pascua de Resurrección, buñuelos y *cocas* en las verbenas de San Juan y San Pedro, panecillos y castañas en la fiesta de Todos los Santos, y tantas y tantas simplezas que hemos erigido ya en inviolables hábitos.

«A todo se acostumbra uno en el mundo», es frase que se oye á cada momento; y son tantas las locuciones en que se usa la palabreja mencionada, que se haría este artículo interminable si de ellas hubiese de hacerme cargo.

Y como no quiero caer, conscientemente al menos, en la mala *costumbre* de hacerme pesado para los lectores de LA SAETA, hago aquí punto final y me despido hasta otra.

C.



¡Ay, Jesús! ¡Cuánto costó! — Cansada me encuentro. Sí. — Cuando el anzuelo tendí — para cogerle, tardó; — pero después... ¡ay de mí!



Japonesas sin sombrilla
fueran un contrasentido.

¿Qué harán de esos embelecos
cuando estén con el marido?

LO PRIMERO

NADA hay tan original y tan importante como lo primero en todas las cosas.
La luz, que es el alma del mundo, la alegría de los espacios, la diosa de la naturaleza, fué hecha por Dios el primer día de la Creación.

La primera lágrima de un niño es una purísima perla que deposita el Señor en el seno de una madre; perla llorada por el ángel de la inocencia.

El primer beso de una madre es toda la ventura de un cielo reconcentrado en unos labios.

En la primera noche de amor, se ve clara la luna, azul el cielo y todos los horizontes se visten de color de rosa.

El primer rayo de la aurora es un raudal de plata, que descende á la Tierra para despertar á las flores.

La primera estrella de la tarde es el alma de una virgen, que llora sus amores perdidos.

El número primero siempre es, en un todo, el número principal.

Los primeros triunfos, los primeros amores, los primeros laureles, las primeras victorias y los primeros años.

Todo lo primero es magnífico.

DOLORA

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

I

¡Ay! Anoche te escuché,
(el que escucha oye su mal)
cuando á otro hombre, por tu fe,
le jurabas fe eternal
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente.
Que pase un mes y otro mes
y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
ya no lloro
ni mi engaño ni tu engaño;
pues no ignoro
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre, al fin, para consuelo
á los mártires de amor.

II

Después, ¡ingrata!, ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
«—No hice otro tanto con él.»
¡Ay, Victoria,
cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
te engañé,
porque aunque me amabas mucho,
yo bien sé
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

III

Por último, ¡horrible paso!,
dijiste, al partir, de mí:
«—Es un...» ¡Ah! Mas por si acaso,
lo dije yo antes de ti.
Sí, gacela:
aquí, el que no corre, vuela:
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de ti á otra mujer.
Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores
y engañados.
Pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

IV

Adiós: te juro leal,
por el que nació en Belén,
que nunca te querré mal
si no te quise muy bien.
Conque, adiós:
Navia, y julio á veintidós.
Hoy por mí, y por ti mañana:
¡tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
ó, imprudente,
llegases tú á amar alguno,
ten presente
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

R. DE CAMPOAMOR.



Mlle. DENISE DE CHANTILLY, APLAUDIDA «DIVETTE»

APÓLOGO

LA ABEJA Y EL GRILLO

Inmediato á un colmenar
fijó un grillo su aposento;
y día y noche un momento
no cesaba de chillar.

Cansada de tanto ruido,
con tono dulce, una abeja
le dijo: «—Ese canto deja,
que me hieres el oído.

Mira cómo yo trabajo;
cera y miel uno callada,
mientras no produces nada
con tu cantar á destajo.»

«—Y ¿de qué sirve tu afán
y continuada labor?

—le repuso el chillador.—
¿Algo por ello te dan?

Recoges la cera y miel,
y el hombre, en vez de premiarte,
tan sólo piensa en robarte
y en que sudas para él.

Trabaja todo un enjambre
en primavera y verano
para el invierno, y en vano,

porque al fin se muere de hambre.

Yo cuanto deseo alcanzo,
apenas salgo del nido.
Sin más arte que hacer ruido,
verás á qué altura avanzo.

Descubierta mi morada
por el canto, con esmero
me pasan de mi agujero
á una jaulita dorada.

Me dan todos á porfía
cuanto apetezco; hasta el niño
me demuestra su cariño
con animada alegría.

Me ponen fresco al balcón
en el estío. Si hiela,
mi jaulita al punto vuela
á un abrigado salón.

Hago entonces gran papel;
todos me escuchan si chillo.
Ve si el canto vale al grillo
más que á ti la cera y miel.»

Una taimada que oyó
lo del grillo y de la abeja,

refiriéndose á otra vieja,
al concluir, añadió:

«—Este suceso conté
á nuestro buen señor cura,
y repuso: —No es locura
lo del grillo, por mi fe.

Mil, á fuerza de charlar,
lograron tomar asiento
en las Cortes, y al momento
en mando y oro medrar.

Ni eleva á jefe de bando
el estudio y la experiencia,
ni la consumada ciencia,
al que trabaja callando.

El más osado y más ducho
en hablar en la tribuna,
como el grillo hace fortuna.
¡Lo dijo quien sabe mucho!»

Y á manera de estribillo
añadió después la vieja:

«—El trabajo de la abeja
es más útil que el del grillo.»

P. FERNÁNDEZ BAEZA.

SONETOS

EN UN ALBUM

Brilla en el cielo el alba placentera,
dando al orbe su luz, perlas al viento,
y con sonoro y blando movimiento
deslízase el arroyo en la pradera.

Las galas de florida primavera
del verano son hoy rico ornamento,
y el aura suelta su armonioso acento
de ruiseñores mil banda parlera.

Bríndate rosicler la aurora y risa,
Ofir te ofrece sus riquezas raras,
ámbar las flores y frescor la brisa;

salúdante del mar las ondas claras,
y yo, con firme voluntad sumisa,
mi humilde corazón rindo en tus aras.

JUAN J. BUENO.

LA JUVENTUD

Fresca, lozana, y olorosa y pura,
abre la rosa en el pensil ameno;
mas vil gusano su purpúreo seno
taladra, apenas brilla su hermosura.

Ruge Aquilón, y en su feroz bravura
el tallo rompe como frágil heno,
y envuelta cae en el inmundo cieno
ajada su esplendente vestidura.

Así de juventud la bella aurora
su albor ostenta al despertar el día,
é ilusiones sin cuento al par colore;

pero, ¡ay!, llega la tarde mustia y fría
que desengaños crueles atesora...
¿quién en sombra tan leve, necio, fia?...

J. A. DE LOS RÍOS.



La danza del vientre ha sido
donde más se ha distinguido.

DE MONJA Á BAILARINA

LA conocí hace cinco años en Zaragoza, donde fui á pasar las fiestas del Pilar.

Mi amigo Manolo Asnáez me había buscado una casa de huéspedes, y allí fué donde encontré á Carmela.

Era sobrina de mi patrona, y ésta estaba furiosa por la decidida vocación de la joven, que resueltamente había dicho que quería ser monja.

Carmen era huérfana. Su padre había sido militar y ella disfrutaba una corta pensión que, unida á lo que ganaba haciendo sombreros, la permitía vivir con alguna decencia.

Era muy linda, y, como su tía me dijo, era un *panalico* muy sabroso para que no hubiese quién sintiera deseos de gustarlo.

Y hubo quién lo intentó. Carmen creyó que era verdad lo que el galán la ofrecía; pero cuando pudo convencerse que lo que aquél deseaba era libar la miel y arrojar después el panal, le echó á cajas destempladas de su lado

Pero la joven sintió el desengaño y pasó algunos días ojerosa y afligida; y aun cuando su tía, para consolarla, la decía con frecuencia que «la mancha del amor con otro nuevo se quita», Carmen no se mostraba muy dispuesta á someterse á segunda prueba.

Mas como á veces los mejores propósitos los echa por tierra la casualidad, ésta se presentó bajo la forma de un teniente de caballería, que fué de huésped á la casa.

Era el teniente, buen mozo, atrevido y enamorado.

Vió la flor que se presentaba en su camino; le agradó, tanteó el terreno, estableció las baterías, y se dispuso para atacar la plaza.

Esta, quizás se hubiera rendido si el enemigo hubiera usado de más circunspección; pero descubrió demasiado pronto las baterías, y la plaza tuvo tiempo de prepararse.

Irritado el militar por una resistencia que no esperaba, se arriesgó á dar el asalto, y aquí fué Troya.

Hubo en la casa un escándalo mayúsculo: el oficial tuvo que irse á otra casa de huéspedes, y Carmen, afligida al ver que, *panalico* y todo, como decía su tía, sólo excitaba el apetito, sin que para satisfacerle quisieran los pretendientes sujetarse á escuchar previamente la epístola de San

Pablo, renegó de todos los hombres y resolvió consagrarse á Dios.

Entonces fué cuando hice mi viaje á Zaragoza y la conocí.

Y por cierto que me gustó de veras cuando el día de la fiesta la vi vistiendo elegante traje, cubierta la cabeza con un sombrero, verdadera muestra de su buen gusto, y cierto aire de distinción y modestia, al mismo tiempo, encantadoras.

Y no dejaba de causarme pena que una mujer tan linda, que podía llenar cumplidamente todas las aspiraciones de cualquier hijo de Adán, fuera á encerrarse en la celda de un convento, cubriendo aquel rostro encantador con el velo de las vírgenes y sus redondas y pronunciadas formas con el tosco sayal de las enclaustradas.

Una noche, la víspera de mi salida de Zaragoza, llevé á mi patrona y á su sobrina al teatro.

Precisamente había en él una compañía coreográfica, cuya primera bailarina, italiana por cierto, sabía yo que había sido educada en un convento de Florencia.

Estaba destinada al claustro; pero encontró que era más agradable la libertad, y colgó las tocas y se escapó con el hijo del jardinero del convento.

Desde aquel instante hubo que pensar en la manera de vivir.

El hijo del jardinero entró de comparsa en un teatro y ella fué poco á poco aficionando á la vida de bastidores y al juego de escotillones, porque ocupaba una plaza de figuranta, y una noche



desapareció por un escotillón y apareció pocos días después en compañía del maestro director de baile.

Como el querer y el rascar dicen que todo es principiar, la italiana empezó á aficionarse á los *pasos á dos*, y tantos fué dando, que llegó á ser una notabilidad en toda clase de bailes.

Esta historia, que yo conocía perfectamente porque la bailarina en cuestión había sido, por espacio de mucho tiempo, la sílfide de un amigo mío, se la referí á Carmen, que parecía no hacer caso.

El siguiente día me marché de Zaragoza, regresé á mi casa y no volví á acordarme más de mi patrona ni de su sobrina.

Cinco años después vino al teatro del Liceo una compañía italiana, á poner bailes de espectáculo.

Entre las bailarinas, que cada una tenía su historia, había una llamada Carmelita, de quien se contaban multitud de aventuras.

Decían que sus amantes habían sido innumerables; que cambiaba de amor como de traje; que no amaba á ninguno, y que había reunido en regalos y dádivas una fortuna.

Una noche fui al Liceo. Entré en el escenario con un amigo mío, y estaba pasando revista á los grupos de bailarinas que iban á empezar el acto, cuando una de ellas me llamó por mi nombre.

Volví la cabeza, y sentada sobre un taburete, apoyado un brazo sobre uno de los muebles que había por allí, puesta una pierna sobre otra, dejando adivinar, por lo que de ellas se veía, lo que cubriría la delicada falda de raso, había una mujer que me miraba sonriente.

Era hermosa, aun cuando ya se advertía en su rostro esa especie de velo que demuestra el cansancio producido por el abuso de los placeres.

Parecíame que aquella fisonomía no me era desconocida, pero no podía caer dónde ni cuándo la había visto.

Me aproximé á ella, y, sonriéndose, me dijo:

—¿No se acuerda usted ya de Carmen, la que pensaba meterse monja en Zaragoza?

Al momento la recordé, y después de algunas frases significando mi sorpresa por aquel cambio tan radical, me dijo:

—Usted tuvo la culpa, pero no debe disgustarse por ello; pues merced á la historia que me contó de aquella bailarina, comprendí que podía vengarme de los hombres de otro modo que consagrándome á Dios, y, efectivamente, lo he conseguido. No amo á ninguno y todos me desean. Compran mis favores á precios elevados, y los necios no comprenden que los desprecio más todavía que ellos me desdeñaron ayer.





MILLE. LIETTE DESANGES

El primer baile

I

SENTADOS alrededor de una mesita del café Español, estábamos el otro día varios amigos discutiendo algunos *acontecimientos* universitarios y comentando los últimos decretos de enseñanza, cuando uno de mis camaradas, guasón en extremo y calavera consumado, á la par que con los ojos quiso fingirnos aburrimiento, abrió los brazos perezosamente, y, como distraído, dirigió una mano al rostro del que hablaba en aquel momento, exclamando con inesperada gracia, al tiempo que le tapaba la boca:

—Señores, ¡necesito amar!

La última palabra causó en todos nosotros la sensación que naturalmente ha de causar, siempre que suene, donde estén reunidos media docena de muchachos, sin preocupación y... sin dinero.

Quedaron terminados por completo, la discusión de los *acontecimientos* universitarios, y los comentarios sobre los últimos decretos de enseñanza, y la conversación tuvo por único tema el amor.

¡Bien barajamos el tal tema!

—El amor,—decía uno de mis amigos, que tiene

fama de romántico y modernista,—es la lente mágica á través de la cual exclusivamente, nos es posible columbrar en la negrura de la sombra, los clarísimos encantos de la mujer ángel.

—¡La mujer!...—exclamó un boticario en ciernes.—¡La mujer es un veneno!

—Según la dosis,—advirtió un discípulo de Hipócrates.

Y en vano yo con mi vituperable seriedad trataba de hacerles ver que el amor es uno, espontáneo, inexplicable, sacrosanto...

Ya íbamos á levantar la *sesión*, cuando, no recuerdo á quién, se le ocurrió la idea de que relataríamos cada cual la aventura más memorable de nuestra corta vida.

Renunciamos los más á tal empresa. Y cuando creíamos anulado el original concurso, una voz simpática y añorada, que casi no había sonado en las anteriores discusiones, se impuso esta vez para decir: —¡Ahí va la mía!

II

Mi insustituible amigo Julián P. Moneo, conocido y querido de todos por su excesiva bondad, por su ilustración y por su modestia, era el que se imponía, el *héroe*, el único que, no obstante ser el más joven, tenía una aventura memorable.

Así es que, cuando le oí romper con decisión el silencio que todos guardábamos, esperando á que alguno tomara la palabra, no pude menos de abrazarle cariñosamente y decirle:

—¿Congue aventuritas?... ¿Y no se te había ocurrido nunca referírselas á los amigos de verdad?...

—No te extrañe,—contestó Julián disculpándose.—Mi aventura sólo data del próximo pasado Carnaval.

Mientras mi buen amigo hacía esta observación, los otros contertulios, no pudiendo contener su curiosidad, gritaban: —¡Venga esa aventura!

Y Julián, con su característica franqueza, habló de este modo:

III

—Todos conocéis á X; por consiguiente, no he de pararme en describiros su carácter, ni en presentárosle como el hombre más perdulario y más bromista del mundo.

El sábado pasado le encontré en los claustros de la Universidad.

Era precisamente el día en que había de verificarse en el Liceo el gran baile de trajes.

—¿Irás al baile esta noche?—me preguntó X, apenas le hube saludado.

Y sin esperar mi contestación, empezó á hacerme la apología del festival, y me aseguró que si iba, nunca me arrepentiría de haberlo hecho.

Yo me resistí al principio; pero pronto comencé á sentir cierta curiosidad, un no sé qué inexplicable, de lo desconocido.

Aquella tarde, en cuanto llegué á casa, le expuse á mi madre mis pretensiones.

Era el primer baile al que trataba de concurrir. Tenía ansiedad, verdadera ansiedad por saber lo que era un baile... Al año siguiente ¿quién sabe lo que podría ocurrir?...

Me escuchó mi madre, al principio, con cierta admiración, creyendo, sin duda, que me había vuelto loco; después fué convenciéndose de mi cordura, y por fin accedió á mis ruegos.

IV

Eran las veinticuatro cuando del brazo de X entraba yo en el gran salón del Liceo.

—¡Qué animación! ¡Qué profusión de mujeres hermosas, de ricos trajes, de luces brillantísimas!

Con sinceridad, señores: estaba asombrado. La apología que X me había hecho resultaba muy opaca al lado de la realidad.

Hacía una hora que estábamos allí.

Yo, no sé si por timidez ó por el excesivo asombro que en mí causaba tanto bullicio, no me había decidido á bailar.

De pronto se acercó á mí una máscara que me llamó por mi nombre.

Creció mi espanto. ¿Cómo imaginarme que habría en el baile quién pudiera darme broma? ¡Y una mujer!...

—¿No me conoces, Julianito?—vociferó la máscara á mi oído.—Yo á ti, sí. Algunas veces te he besado... ¡Y he dormido contigo!...

—¡Qué horror!—exclamé yo, midiendo á la máscara con la vista.—Usted... tú me has confundido,—la dije con visible atolondramiento.

—No te he confundido,—contestó la máscara, abalanzándose á mi cuello y abrazándome fuertemente.—¡Eres tú, no hay duda!

Y sin escuchar mis protestas, se confundió entre las infinitas parejas que bailaban un vals rápido.

V

Cuando mi amigo llegó á este punto, le interrumpimos todos haciéndole la misma pregunta:

—Y ¿has vuelto á ver á la máscara?

—Al día siguiente,—nos dijo.

—¿Es hermosa?

—Bastante.

—¿Es honrada?

—¡Honradísima!

—¿Y efectivamente ha dormido contigo alguna vez?

—¡Muchas! ¡Muchas!... ¡Como que la máscara aquélla ha sido mi nodriza!...

Riendo á carcajadas salimos del café, escapados, por lo avanzado de la hora.

N. B.—Al camarero le habíamos pagado ya.

A. HERNÁNDEZ Y CID.



—Si una pierna al descubierto les trastorna el juicio á los hombres, ¿qué no pasaría si descubriese las dos?

Máscaras; siempre máscaras

YA terminó el Carnaval,—decían los que se retiraban á sus casas á las primeras horas de la madrugada del miércoles de Ceniza.

¡Qué felices seríamos si el carnaval humano sólo durase los tres días que anuncia el calendario!

Pero si carnaval perpetuo es el que ofrece el mundo. Si las caretas y los abigarrados trajes se exhiben á diario, á todas horas, en todos sitios y en todas circunstancias; si cada individuo, desde que se levanta por la mañana, viste el traje que le conviene y cubre el semblante con la máscara que más se acomoda á sus deseos, ¿para qué citar el carnaval en determinados días?

Y si al menos un solo traje y una carátula sola, vistiese el ente social, pase, porque la costumbre hace ley, y así se le podría reconocer.

Pero si en un mismo día verifica cambios diversos en su disfraz, ¿cómo es posible reconocerle?

La ambición, el interés, el egoísmo, la procacidad, el libertinaje, la falta de pudor, el lujo, la calumnia, la difamación, la inconsecuencia, la hipocresía, son almacenes inagotables de disfraces en que la humanidad se surte sin descanso, convirtiendo el año en Carnaval perenne, engañándose recíprocamente los que se hablan, los que se estrechan la mano, los que hacen protestas de amistad, los que truecan juramentos de amor.

Tal vez sea más fácil reconocer en un baile la máscara que nos embroma, que en pleno día al hombre que nos saluda afectuosamente.

—¿Me conoces, querido?—me decía la otra noche en el baile del Liceo una mascarita vestida de vestal.

—Sí, hermosa; vámonos á cenar,—la contesté.

—¡Ah picarón!—repuso la máscara.—¡Qué pronto me has conocido!

Y se cogió á mi brazo para que la llevase al restaurant.

En cambio, el siguiente día, tropecé con un amigo á quien hacía tiempo que no veía y cuya situación sabía que no era muy satisfactoria.

—¡Adiós!—me dijo.—Ya sé que estás colocado, y me alegro de todo corazón.

—Gracias,—le contesté.—Ortega ha recordado nuestra antigua amistad y me ha proporcionado un buen destino.

—¡Ah! ¿Conque ha sido Ortega? ¡Pero si tú no perteneces á su partido!

—¿Y eso qué importa? La cuestión es que yo sepa cumplir con mi deber.

—Es verdad. ¡Feliz tú! Yo, por desgracia, sigo cesante, y hoy me encuentro despedido de la casa, con mi mujer enferma y sin recursos de ningún género. Si puedes darme algo, te lo agradeceré infinito.

Tres duros llevaba en el bolsillo, se los di, me hizo nuevas protestas de afecto y nos separamos.

Antes de ayer recibí una carta de Ortega diciéndome que se



Que os agradan mis sonrisas ya lo sé. Pero otras gracias guardo también, que no doy como doy mis carcajadas.



Le gusta tanto á esta niña el balanceo, que, aun sola, siempre tiene en movimiento á la pobre mecedora.

pués, ella se va á casa para hacer sus obligaciones, y yo voy á misa; porque, eso sí, mamá me acostumbró á eso, y yo no pierdo la misa ningún día.

—Y hace usted perfectamente.

Nos despedimos, me fui á despachar un asunto en la de un compañero; salí al poco rato, y como precisamente debía ir al Palacio de Justicia, crucé por el Parque, cuando en una de sus alamedas más solitarias, llamó mi atención una pareja que andaba muy despacio y hablaba muy de prisa, según podía juzgarse por el movimiento de sus brazos.

Observé con atención y presto conocí que la dama era la esposa de mi amigo Ricardo, la que había ido á tomar ceniza en la iglesia cumpliendo como buena cristiana.

¡No era mala ceniza la que habría tomado!

¿Serían aquéllas las misas que oiría todas las mañanas?

Pues todavía no saben ustedes lo mejor.

Hace tres días, iba yo por la calle de Valencia hacia el Paseo de San Juan, sobre las ocho de la noche, cuando de manos á boca me tropiezo á mi Ricardo, que iba apoyando el brazo en el de una joven bastante agraciada.

Sin duda, la soledad del sitio y la débil claridad que despedían los faroles, podían ser favorables para algún atrevimiento algo expresivo, porque la joven se puso muy encarnada cuando Ricardo, que no pudo evitar mi encuentro, se detuvo, y, separándose de su pareja, me hizo dar algunos pasos, diciéndome en voz baja:

—Chico, te ruego que no vayas á pensar mal. Ya conoces mi severidad de principios y mi

le habían hecho cargos por haber dado el destino que yo desempeñaba á una persona de ideas políticas tan contrarias, y que me habían dejado cesante por esta razón.

Fuí á ver á mis jefes; pero me contestaron que ya estaba hecho el nuevo nombramiento.

La persona que me sustituía era aquel excelente amigo á quien socorrí pocos días antes.

Entre las dos máscaras, prefiero la del baile. A ésa la conocí en seguida. A la otra no la pude conocer, porque las máscaras sociales, visten de tal modo el disfraz y es tan admirable su careta de carne, que no hay medio de distinguirlas.

¡Y con qué descaro mienten, ó embroman, si se considera dura la palabra, á los que tropiezan en su camino!

Recuerdo que el miércoles de Ceniza, pasaba cerca de una iglesia, cuando tropecé con la esposa de un amigo mío que pareció no satisfacerle mucho mi encuentro.

—¿Cómo tan temprano en la calle, Pepita?—la dije, estrechando la mano que me tendía.

—Vengo de tomar ceniza,—me contestó sonriendo.—Es necesario cumplir como buenos cristianos.

—¿Y Ricardo?—pregunté.

—¡Oh! Ese no hay que preguntar. Todavía estará en la cama muy arropadito. Hasta las doce que se levanta para almorzar, no hay que contar con él.

—Ni con usted tampoco, sin duda,—repuse sonriendo,—porque supongo que le hará también compañía.

—No, señor. Pues ¡buena iría la casa si yo me levantara á las doce! A las ocho ya estoy de pie, y á las nueve voy á la plaza con la criada. Des-



—Cita á solas aquí pide. Puesto que él sabe quién soy,
¡Qué tunante! Sé la doy. que venga. ¿Quién se lo impide?

mil duros para ser elegido y desempeña un cargo que nada le ha de producir; la dama que forma parte de asociaciones benéficas y cuyo nombre es citado á cada paso en los periódicos: todos, todos son máscaras sociales con las cuales nos tropezamos á cada paso y á las cuales tenemos que soportar nos embromen, cubriendo á nuestra vez nuestro rostro con la máscara de la credulidad, formando también parte de ese perpetuo carnaval en que vivimos.

JUAN DE LA CUESTA.

moralidad. Esa joven es una cliente á quien venía á hablar de un negocio y la he encontrado cuando salía de su casa. Es una persona muy honrada y...

—Ya me lo figuro,—le contesté.—Y el asunto de que tenías que hablarla será muy interesante cuando ibas apoyado en su brazo, para poder hablarla sin que se enterasen los que pasaran por tu lado.

—Sobre todo, que no se te escape nada de esto delante de Pepita. No porque tema, ¿eh? Ya sabe mi mujer que puede tener confianza en mí como yo la tengo en ella. Pero á veces...

—Sí, sí: á veces salta la liebre donde menos se espera.

Cuando me separé de Ricardo, no pude menos de exclamar:

—La máscara eterna. El Carnaval perpetuo: el marido engaña á la mujer entre las sombras de la noche; la mujer engaña al marido amparándose en el cumplimiento de un deber de buena cristiana; los dos embroman á sus amigos haciéndoles creer que son modelo de esposos fieles y cariñosos.

¿Para qué las caretas de cartón y los antifaces de seda?

El usurero que presta á un crecido interés pregonando que se arruina por servir á los que de él necesitan; el político que propala sus sacrificios en pro de la idea que defiende; el capitalista que arriesga, según dice, su fortuna en una empresa, no mirando sino el bien de su país; el concejal que gasta

Reflexiones de éste y del otro:

Cada libra de harina debía pesar un quintal. (*Un panadero.*)

Todo el año debía ser invierno. (*Un carbonero.*)

¿Por qué no se ha de convertir el invierno en verano? (*Un aguador.*)

Los hombres no deben pensar en otra cosa que en casarse. (*Una solterona.*)

¡Qué verdad es aquello de que el buey suelto bien se lame! (*Un casado.*)

Soltero, estaba en el limbo; casado, en el purgatorio; y ahora estoy en el paraíso. (*Un viudo.*)

¿Quién sería el tunante que inventó el ajustar las cuentas? (*Una criada.*)



—Ya las alas extendí:
cuando las deje caer...

Yo siempre he sido mujer
que doy aún más que ofrecí.

LOS CAFÉS

Hoy al café. —¿Vamos al café? —En el café nos veremos.

Tales son las frases que constantemente escuchamos; tales las que nosotros mismos repetimos, y tales las que todas las clases sociales pronuncian sin cesar.

Tanto en la oficina como en el taller, lo mismo en el paseo que en la fábrica, para aquel sitio se citan los amigos; allí acuden las mamás que tienen hijas casaderas y que desean endosarlas á cualquier Adán que quiera cargar con ellas; allí la esposa infiel puede hablar, sin excitar sospechas, con el pérfido amigo de su esposo; y el café, finalmente, es el lugar donde se conciertan á veces misteriosos crímenes y donde se han originado muchos dramas domésticos.

Al café acuden empleados y cesantes; políticos de ocasión, estudiantes, militares, propietarios, comerciantes, mujeres que buscan y otras que son buscadas, trabajadores, artistas, señoras que lo son y señoras que lo parecen.

Un café es una confusa amalgama de vicios y holgazanerías; de necesidades ficticias y de miserias que tratan de ocultarse; lugar de solaz y de crítica; centro donde se codea el dolor que se oculta bajo una sonrisa histérica, con la sonrisa franca que suele convertirse en gemido de agonía; pandemónium abigarrado donde se esconden, bajo la máscara del placer, todos los dolores, todas las angustias, todos los deseos, todas las debilidades, todas las ambiciones de la especie humana.

En una misma mesa á veces se encuentra el honrado padre de familia, frente al miserable ladrón; el trabajador honrado codeándose con el holgazán; la virtud confraternizando con el vicio.

Si pudiésemos estudiar lo que á veces se esconde en una taza de café ó en una copa de ron, ¡cuánto no encontraríamos en ella!

Vamos, lector amigo, á recorrer algunas mesas del café. Después iremos á los billares; y por último entraremos en esas famosas academias que ahora se han establecido en algunos; academias que... que tienen que estudiar algo más de lo que parece.

Por más, querido, que tú digas que tienes ya experiencia bastante y no necesitas que yo te sirva de guía, permíteme te diga que lo necesitas mucho, porque un café, en nuestros días, es una especie de laberinto cuya entrada se ve muy clara pero cuya salida es algo difícil.

Pretendo tener algo del famoso Asmodeo; y así como él hacía que alzarán los techos de las casas para mostrar lo que en bajo ellos se ocultaba, yo trataré de arrancar algunas caretas, de desabrochar algunas levitas y de entreabrir un poco no más, los abrigos elegantes de algunas señoras, para llegar hasta el fondo del corazón y mostrarte la horrible desnudez que hay en él.

Porque debes tener presente, que en esas mesas de café, en apariencia rodeadas de individuos que tranquilamente están saboreando el líquido de las copas, tranquilamente también está jugándose la honra de una familia, el porvenir de un joven, la paz del modesto hogar del trabajador, la virtud de una mujer, el destino, tal vez, de un pueblo; todo, en fin, cuanto constituye lo que podemos llamar el bienestar social.

En el próximo artículo empezaremos nuestra excursión, que tal vez juzgues un poco pesimista; pero ten presente, que todavía, aun cuando juzgues exageradas las tintas, has de abrigar la seguridad que la realidad es todavía superior á ellas.

R. DEL C.

CANTARES

Déjame cantar, que el canto
mis tristes penas alivia;
¡también antes te cantaba
cuando era tu amor mi dicha!

Un solo beso apostamos
en el juego del amor,
y tan bien nos supo el juego
que ahora besamos los dos.

¡Ay, marecita del alma!
Mire usted si la querré,
cuando es su amor quien me mata
y aun bendigo á esa mujer.

Por una manzana sola
perdió Adán su descendencia.
Siempre que como manzanas
me acuerdo que hay muchas Evas.

Son jazminitos tus dientes
entre clavel encerrados;
deja, niña, que su aroma
pueda mi aliento aspirarlo.

Cuando la pasión enciende
el fuego de tu mirada,
quisiera ser mariposa
para abrasarme en su llama.

C. DE LA C.



Una baila y otra toca. — Lo que es las japonesitas, — para tocar y moverse, — maestro no necesitan.

UNA PARTIDA DE CAZA

I

El viaje

UNA mañana de otoño, Daniel de Creixians, al ver reflejarse en el papel que estaba escribiendo, un rayo de sol que penetraba á través de la entreabierta ventana, separóse á un lado, lleno de ira, y sus ojos se fijaron casualmente en una carta que había sobre la mesa, carta de un amigo, que recibió el día anterior, y que decía así:

«Venid á vernos, que aun es tiempo: la cosecha está cogida y ya nos encontramos en el otoño; pero, á pesar de eso, los prados están tan verdes como en el mes de abril, y los manzanos se colorean ya.»

El joven leyó dos ó tres veces aquella carta, cogió después el sombrero y se dirigió á la casa de su amigo Collinet, que era un músico bastante conocido.

—Hace tiempo que tenemos proyectado un viaje á Normandía,—le dijo, al abrir la puerta.—¿Quieres venir?

Hay que advertir, que los poetas y los músicos, siendo poco desconfiados por naturaleza, dejan casi siempre la llave en la cerradura.

—Sí,—le contestó Collinet, con aire de duda.—Pero ¿cuándo marchamos?

—Hoy mismo tomaremos el coche, y mañana... y mañana dormiremos en la quinta X***.

—Pues marchemos al momento; porque la reflexión podría perjudicar á nuestro intento,—dijo el músico, haciendo rápidamente sus preparativos de viaje.

Una hora después, sentados cómodamente en el imperial de una pequeña diligencia, marchaban al aire libre hacia la Normandía, prefiriendo aquel vehículo al camino de hierro. Al primer relevo, vieron salir de una posada á dos soldados estropeados, de color macilento y enfermizo, y que pian pian, se colocaron en la rotonda.

—¡Pobres chicos!—dijo el conductor, colocándose en su asiento, que estaba al lado del de los dos amigos.—Los hirieron en Crimea, y desde allí los llevaron a Constantinopla; pero como en el hospital principiaron á resentirse de esa enfermedad que se llama amor al país natal, vuelven á sus hogares á recuperar la salud y á ver á sus familias.

—Nunca hemos tenido muchas simpatías por las armas,—dijo Collinet en voz baja á su amigo.

—Es verdad,—repuso el otro sonriéndose.

—¡Qué tontos somos en fundar proyectos para el porvenir!

—El caso es verdaderamente ridículo,—prosiguió Collinet; —porque nosotros entramos bajo la benévola protección de una princesa en el colegio de Versalles, y cuando hubiésemos terminado nuestros estudios, tú debías entrar en Saint-Cyr y yo ordenarme. Sin embargo, henos aquí: tú hecho todo un literato, y yo músico. Además, había jurado que no compondría más que *oratorios*, y no he compuesto más que *lancers* y *mazurcas*; y tú que no ibas á publicar más que libros



—Ya me ve usted. Aquí estoy.
Yo no niego lo que soy.

filosóficos y científicos, tan sólo has dado á luz algunas novelas.

—Puede ser que, con el tiempo,—repuso Daniel,—vuelvas á tu primera idea, y yo á la mía; pero, yo sé que has preferido componer música sencilla, porque es el género de composición que más agrada en el gran mundo; y tú eres un goloso de primer orden.

—Lo confieso,—dijo Collinet con hipócrita humildad;—pero siento tener ese defecto, porque, al fin y al cabo, pago con mi talento de compositor y con mi voz, la benévola acogida que recibo en la alta sociedad.

—Sí, pagas en música los menudos pies y los platos succulentos que te gustan, así como los vinos de primera y los mejores fiambres. ¡Qué miserable sumisión la de tu estómago!

—Lo que me dices en broma, es la pura verdad; pero debes añadir que desaparezco como un fuego fatuo apenas he pagado mi deuda.

—Por eso te he llamado el diminuto Sabin, de ilustre memoria.

—¿A qué llamas diminuto, Daniel? Si la Naturaleza te ha dotado de miembros adecuados para el paso gimnástico, debes conocer, tú que eres un hombre alto y robusto, que lo que me falta en presencia lo gano con ventaja en la finura y en la elegancia de mis formas,—repuso Collinet, echando una mirada satisfecha á sus delgadas piernas, aprisionadas en un pantalón negro, de media campana.

En seguida continuó:

—Vamos á la quinta de X***, que es país de caza, y veremos si esta constitución delicada, pero nerviosa, no resiste mejor que la tuya.

—¿Conque la caza es para ti una pasión irresistible?

—Irresistible, sí, ésa es la palabra. Y ya deseo verme en los bosques ó en las llanuras, marchando valerosamente con la escopeta al hombro. Quiero debutar por un tiro digno del último de los Mohicanos. Pero ¿no te parece que es sumamente monótono un viaje en diligencia?

—Hace quince días que viajábamos en ferrocarril y me afirmabas que el viajar en diligencia era preferible, y echabas de menos las antiguas posadas, las jóvenes sirvientas, los relevos de nuestros pueblecillos, las casas de postas del camino real con sus bandas de pichones, el martillo del herrador y las tiendas de los carreteros, mientras que en el camino de hierro, decías que nos lanzaban hacia nuestro destino, ni más ni menos que si cayéramos de las nubes. Hoy, por el contrario, prefieres el camino de hierro; pues paciencia, Collinet, paciencia; dentro de algunas horas no te quejarás; vamos á dejar la altura que ocupamos, para hacer pedestremente un trecho de camino á campo traviesa. Pero no te inquietes con anticipación,—dijo Daniel, sonriéndose, observando que su amigo estiraba el cuello para ver la senda de que había hablado;—dentro de un cuarto de hora, en medio de los bosques y en un terreno encantador, nos espera un carruaje que nos envía nuestra benévola castellana

Esta seguridad tranquilizó, al parecer, los temores del músico, y cuando fué necesario dejar la diligencia se puso alegremente en camino.



Sonriente y agraciada,
¿quién puede negarme nada?

(Continuará.)

M. ASSARDON.

Miscelánea

Desde el presente número cesa en la dirección artístico-literaria de LA SAETA el señor D. J. F. Luján, sustituyéndole en este cargo el tan conocido escritor D. Rafael del Castillo.

Oportunamente daremos á conocer las reformas que en beneficio del público, que tanto nos ha favorecido, pensamos introducir en nuestro semanario.

EL ADMINISTRADOR.

—¡Mire usted que hay malas lenguas en el mundo!— decía una señora que pasaba por soltera.—¿Pues no van diciendo por ahí que yo he tenido dos hijos? ¿Ha visto usted una calumnia semejante?

—Señora,—repuso un gracioso,—yo no he visto nunca la calumnia; pero debo decirla que no ha de ponerse tan sofocada, porque las personas sensatas no creen jamás de todas las murmuraciones, sino la mitad.

LA «SACARINA», el «Salol» y el «Acido salicílico» que contiene un dentífrico alemán, son absolutamente nocivos al esmalte dentario y uno de ellos expuesto á envenenamientos. El *Licor del Polo* carece de substancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías, á los que conserva sanos y entonadas.

—¿Qué tiene usted, doña Antonia?—preguntaba un caballero á una dama de cierta edad, muy delgada.—¿Ha estado usted enferma?

—¿Qué quiere usted que tenga? Desde la enfermedad que tuve hace tres años, que me quedé como me ve usted ahora, mi marido parece otro. Se ha vuelto adusto, intratable; no me habla como me hablaba en otro tiempo.

—Y es natural, amiga mía. Recién casados, le decía á usted lo que sentía, y hacía más de lo que decía.

—Pero y ahora ¿por qué no lo hace?—preguntaba Antonia con impaciencia.

—Porque ahora,—contestaba el interrogado, con algu-

na intención,—ni puede hacer lo que hacía, ni siente lo mismo que sentía entonces.

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Correspondencia

N. N. N.—*Palencia*.—¡Con tres enes y quiere usted escribir! Nada, Nulo, Negado Ya lo sabe usted.

Un Niño.—*Tamajón*.—Si recuerda usted aquel refrán de «quien con niños se acuesta...» puede aplicarle á sí mismo.

DENTÍFRICOS. El más agradable, el más higiénico y más barato, el *Licor del Polo de Orive*. Esto es casi axiomático durante 31 años. Confirmase por dos generaciones.

Juanito M.—*Vergara*.—Se insertará su poesía.

L. J. C.—*Logroño*.—Es bonito el cuento y puede enviar lo que guste.

J. Cadena.—*Valencia*.—Menudá cadena debía usted arrastrar por el premeditado crimen de que hace victima á la gramática.

Luciano Zapatilla.—*Haro*.—Cuando me explique usted lo que quiere decir el verso:

«¡Oh, tú la ingrata, de apagada cabellera» entonces podremos entendernos.

SIEMPRE FUÉ EL CONSUELO de los desahuciados por el dolor reumático, el *Bálsamo antirreumático de Orive*. 2 pesetas frasco, farmacias. Exigirlo de color verdoso.

L. N.—*Gerona*.—Se insertará la charada, oportunamente.

Joaquinito Pesares.—*Castellón*.—No es flojo el que me causa usted cuando me envía algún artículo. Créame usted, guardelos para mejor ocasión.

Una Tapada.—*Ciudad Real*.—Continúe usted bien tapadita, hija mía, y tape mucho esos papeles que me envía, porque si los da usted á luz, el mundo se queda á oscuras.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vioienne, y en las principales Farmacias.

Charadas

I

Mi *prima* repetida se halla en Roma,
y es *segunda* y *tercera*
un nombre cariñoso de niñera.
Por rara anomalía,
lo mismo es mi *primera* y mi *segunda*
que mi *prima* y *tercera*;
y es, ¡quién lo diría!,
de la raza animal cosa importante;
y si sigo adelante,
veré que mi *tercera* con mi *prima*
lo mismo es que *segunda* con *primera*,
y la llevo en el cuello de mi capa,
y lo diviso encima
de variados objetos.
Mas para no cansarte con conceptos,
te diré que es el *todo*
un fruto de la tierra, cuyo nombre
harto estás de saber, sin que te asombre.

II

Prima, dos y tres y cuatro
signos musicales son,
y el *todo*, lector amigo,
ni aun siendo joven, fui yo.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 Nombre de mujer.
- 1 6 5 7 4 3 Apellido.
- 1 2 3 4 7 Hembra carnívora.
- 1 6 4 3 Nombre de varón.
- 5 7 1 Material para obras.
- 4 3 Negación.
- 4 Consonante.

MI FIRMA.

Enigma

Nombre tengo, que declara
dos cosas de hierro, amigo.
Una, libra de enemigo
las casas y las ampara,
y otra da cebada y trigo.

Fuga de vocales

M.r.m. t. c.r. . c.r.;
m.r.m. q.. t. l. d.g.:
q.. m.s m.r.d.s d.r.n
q.. .n m. n. c.b. .l .lv.do.
.L.N.

Soluciones á lo insertado en el número 536

CHARADA.—Cadavérico.

TARJETA COMBINADA:

C A N C E L A
V E R D E S
R O S A L
D I O S
L U Z
I U
B

JERÓGLIFICO COMPRIMIDO.—Al borde del abismo.

JARRÓN NUMÉRICO.—Huesca.

CUADRADO:

S O L
A T A
O T E R O
A K A
L O S

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 .
Extranjero y Ultramar, un año. 17 .

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cénts.

Núm. 538

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA Ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE Ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO Ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE Ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE Ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM Ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS Ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR Ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO Ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.